



La serena cuanto aguda pluma de Pedro Lastra nos invita a conocer una de las más intensas obras poéticas de la literatura chilena contemporánea:

Sobre Jorge Teillier

*Una sola substancia
resuelta en un manantial de transparencias.*
Octavio Paz

Los versos de Octavio Paz, que sirven de epigrafe a estas líneas definen, a mi modo de ver, toda la tarea literaria de Jorge Teillier. Esos versos se leen en un poema sobre Luis Cernuda, pero los lectores fieles de Teillier, y los nuevos, advertirán enseguida que esa cercanía no es gratuita ni impertinente.

Proponer una selección de la poesía de Teillier es labor más compleja de lo que parece a primera vista, y la razón no es ajena al sentido de los versos de Paz. Lo complementa bien, según creo, una observación crítica frecuente: en la sostenida tonalidad de sus poemas el grado de intensidad puede ser algo variable, pero nunca es carencia en su escritura. Lo que no es poco decir, porque eso significa que cuanto escribió es válido, y elegir este poema o aquel otro no es sino cuestión de preferencias. Con la misma propiedad con que se dispone esta muestra podría, pues, sugerirse otra. Releo ahora Hotel Nube, por ejemplo, y siento que mis preferencias empiezan a oscilar, que la selección de la semana pasada no sería hoy la misma; se transformaría de alguna manera mi experiencia de lector, pero sin que ella cambiara en lo esencial. Y lo esencial es aquí, me parece, lo que Giuseppe Ungaretti llamó con frase feliz «sentimiento del tiempo».

En una memorable reflexión acerca del oficio poético titulada «Sobre el mundo donde verdaderamente habito», Jorge Teillier se refirió también a esto: «Para mí la poesía es la lucha contra nuestro enemigo el tiempo». En un párrafo anterior había escrito: «El poeta es el guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores». Y en otro pasaje: «Nostalgia sí, pero del futuro, de lo que no nos ha pasado pero debiera habernos pasado».

Son notas rigurosamente ciertas en su caso y cada uno de sus textos lo corrobora. Lo mismo ocurre con esta buena insistencia: «...la poesía (es) creación del mito, de un espacio y tiempo que trascienden lo cotidiano, utilizando lo cotidiano».

Tal dimensión mítica, lograda con plenitud en su poesía, hace de Teillier un escritor sui generis y enriquece el concepto de «poesía lórica» - o de los lares - que él mismo propuso en un artículo de 1965. El don de las transformaciones o transvaluaciones, al hablar de las materias y las vivencias de cada día con las «palabras de la tribu», le confiere a su escritura una singularidad única. Naturalidad, sencillez, desnudamiento; o más bien, un «monó-

logo ensimismado», como el que Carlos Blanco Aguinaga advirtió en el habla de Juan Rulfo y de sus personajes, pero tensado siempre en su poesía hacia un oyente al que convierte sin esfuerzo en partícipe de su decir, provocando en él una revelación: la asombrosa posibilidad de recuperar y revivir en lo imaginario un mundo de cosas que creía perdidas.

En la literatura hispanoamericana esa tonalidad y esa eficacia poéticas son infrecuentes. También lo es la línea de sus afinidades (no hablo de influencias, palabra ambigua y a veces abusiva). De esa línea hizo reseña él mismo en el ensayo autobiográfico mencionado: Francis Jammes, O. De Lubisz Milosz, René - Guy Cadou, Antonio Machado. En una dirección más amplia, ésas y otras afinidades están presentes en textos que son al mismo tiempo artes poéticas y homenajes de honda compenetración con los escritores de su proximidad. En ese sentido su poesía tiene mucho de diario de viaje (la lectura como viaje, exploración, descubrimiento), y no sólo de mapa de espacios reales e imaginarios.

Un recurso constante en la obra de Teillier es el de las animaciones y personificaciones: *el tiempo; el recuerdo y la memoria; el sueño; los fenómenos naturales; los objetos que nos rodean, son presencias vivas en esta poesía en virtud de ese recurso: el granero sueña; el cielo recuerda con odio la herida del relámpago; los almendros no quieren pensar en sus negras raíces; la lluvia cae y cae sin saber por qué; la turbia memoria del otoño; el tilburi cansado no se cansa de luchar contra la noche...*

La notable facultad expresiva de Jorge Teillier hace que sus poemas sean sentidos por el lector como resultado de operaciones espontáneas, o recuentos inmediatos de lo real. Es ésa una impresión más o menos generalizada que la relectura de esta obra obliga a matizar, no sin depararnos también algunas sorpresas. Página a página, en los libros de Teillier se comprueba la precisión de su decir poético, precisión y necesidad que llegan a su máxima tensión en los finales, siempre iluminadores; pero una sorpresa mayor, sin embargo, espera al relector: las distintas versiones de sus poemas, desde sus primeros libros hasta las recopilaciones o antologías últimas, muestran el cuidadoso trabajo de taller realizado por el autor. Muchas de las versiones iniciales (en Para ángeles y gorriones, El cielo cae con las hojas, El

árbol de la memoria, Poemas del País de Nunca Jamás, por ejemplo), son sin duda suficientemente fluidas y logradas. Nadie señalaría en ellas vacilaciones de lenguaje o de fraseo, y de hecho la crítica no las señaló en su oportunidad. Pero Teillier fue más exigente consigo mismo que sus lectores y críticos (como debe ser), porque no dejó de corregir sus poemas. Al preparar Muertes y maravillas (1971) o antologías posteriores, varios de esos poemas fueron modificados, aunque no sustancialmente. Las variantes parecen menores, pero nunca son insignificantes. Suelen ser supresiones o cambios de una palabra o de un verso, y sólo al confrontar los distintos estados de un poema se nota la felicidad de la ocurrencia. En este aspecto, el trabajo poético de Teillier es una lección enriquecedora. Y aquí debo agregar que asimismo lo son sus numerosos ensayos y artículos, aún no recogidos en libro. Alguna vez le propuse el proyecto de aquel libro, pero rechazó, con cierto desdén hacia sí mismo, esa idea que para él sobrelaboraba escritos ocasionales. Sigo persuadido de lo contrario: una tarea por hacer.

Jorge Teillier nació en Lautaro el 24 de junio de 1935, y en el extenso poema «Treinta años después» - referido al periodo 1938 - 1968 - registró una coincidencia que solía recordar con sus amigos: «Voy a cumplir treinta y tres años / es el día de San Juan / Aniversario de la muerte de Carlos Gardel que según dicen está cantando mejor que nunca».

Murió en Viña del Mar el 22 de abril de 1996. Muchos de sus lectores, entre los cuales me cuento, empiezan también a decir de su poesía lo que él escribió sobre Gardel en su poema de 1968.

Pedro Lastra. Poeta y ensayista chileno nacido en 1932. Es profesor emérito de la Universidad de Nueva York y profesor honorario en las Universidades de San Marcos (Lima) y San Andrés (La Paz).